

MARIA. (*Aparte*). Ya esto es demasiado. (*Retrasa la péndola, el reloj se dispara, y da seguidas quince ó veinte campanadas*).

VICALBARO. (*Contando*). ¡Diez! ¡once! (*Con asombro*) ¡doce! ¡trece! ¡catorce! ¡quince! Parece que tocan á rebato.

DOLORES. (*Confusa*). ¡Oh! La péndola continúa sonando.

MARIA. Se disparó el reloj. (*Se oye el ruido de un resorte que se rompe*).

DOLORES. ¿Qué es esto?

VICALBARO. (*Sonriendo*). Es el muelle real. El recuerda á vd. que no se puede jugar con las cosas serias impunemente. ¿Quiere vd. permitirme, que le envíe al médico?.... el relojero debería decir.

DOLORES. Una palabra. Caballero, vd. no puede comprender

el interés que doy á su respuesta. ¿Ha vuelto vd. á encontrar á esa señora que le debe á vd. la vida?

MARIA. (*Aparte*). ¡Toma! ¡toma! ¿es que yo sin saberlo....

VICALBARO. (*Muy serio*). En efecto, señora, pero era casada..... esposa y hermana de la caridad á la vez; consagraba los mas bellos años de su juventud á aliviar los dolores de un esposo á quien nada podía salvar. Al verla tan hermosa, tan pura, yo la consagré una sincera amistad, pero nunca traté de acercarme á ella, y de perturbar el reposo de su vida.

DOLORES. (*Con creciente emoción*). ¿Y despues?

VICALBARO. (*Con intención*). ¿Despues qué?

DOLORES. (*Turbándose*). Yo habia comprendido..... no me habia dicho vd. que su marido.....



Caballero, esta péndola está atrasada.

VICALBARO. ¡Es verdad! ¿pero como le confesaré á vd.?

Apenas libre, mi ángel se habia apresurado á cortarse sus alas, que le incomodaban sin duda para lanzarse en el torbellino del mundo, para bailar, y vestirse á la última moda. Era una de esas reinas del mundo, á quien la fortuna, su hermosura, yo me atrevo á añadir su virtud, permiten todos los caprichos, y escentricidades. ¡Qué contraste! A mí el mundo me asusta, á mí solo me gusta la tranquilidad del hogar doméstico. Me parece que el ruido, ese movimiento que nos rodea, no hace mas que disimular el vacío y el silencio que hay entre nosotros.

DOLORES. Severo está vd., porque vd. sabe, que no es verdad que la mujer de que hablamos.....

VICALBARO. (*Sonriendo*). Yo, señora, no sé nada.

DOLORES. (*Picada*). ¡Ah!

SEGUNDA SERIE.—1867.

MARIA. (*Aparte*). ¿Cómo concluirá esto? Nunca se ha visto una comedia sin casamiento.

VICALBARO. Advierto, señora, que el tiempo pasa rápidamente al lado de vd. y tal vez el señor Martinez, no admitirá muy bien esta disculpa.

DOLORES. Tiene vd. razon. (*Se oye llamar*). ¡Otra! á esta hora. Ves á ver, Maria. No estoy en casa para nadie.

MARIA. Sí, señora. (*Sale*).

ESCENA IX.

DOLORES Y VICALBARO.

DOLORES. (*Séria*). Usted se va á marchar y sin duda no volveremos á encontrarnos mas en este mundo, donde la

AÑO XXV. 15

casualidad por dos veces, nos ha puesto en presencia el uno del otro. No vea vd. en esto ni el capricho de una mujer ociosa, ni el despecho de una coqueta. Siento que nos separemos así. (*Vicalbaro hace un movimiento para responder, Dolores le contiene con un gesto*). En el pequeño desafío que acabamos de tener, yo he sido vencida; pero no herida, se lo aseguro á vd. ¿No es costumbre en los desafíos, que despues de cruzadas las espadas, los adversarios antes de separarse se den la mano y olviden sus reciprocos agravios? se entiende entre adversarios que se aprecian, y por eso precisamente yo deseo probar á vd. que se ha equivocado un poquito, sobre mi conducta.

VICALBARO. Hable vd., señora.

DOLORES. El mundo, caballero, nos impone singulares deberes. Indulgente con el que le obedece, es severo con el que le resista. La esposa, la madre, rodeadas de las afecciones, de la proteccion de la familia, escapan de estas rigurosas leyes. La mujer aislada, la viuda, tiene que someterse á ellas, sobre todo cuando su juventud, su fortuna, su belleza, atraen sobre si las miradas. No tenemos derecho á la soledad, á la tristeza. Para que no nos comprometamos un homenaje sincero, necesitamos aceptar todos los que la indiferencia deposita á nuestros piés. Para que no nos reconvengan por la amistad, nos es preciso tratar como amigos á todos los que profanan este nombre. Tal vez nos llamarán coquetas, pero al menos nos respetarán: vd. ha visto á veces á un pobre cómico que al dia siguiente de haber sufrido un gran dolor, vuelve á presentarse en las tablas y se muestra risueño y alegre cuando su corazon está destilando sangre. Así somos nosotras; pero esté vd. seguro, que en el cómico, como en nosotras, detrás de la sonrisa se oculta una lágrima y en medio de ese ruido que nos aturde, de ese torbellino que nos arrastra de placeres en placeres, aspiramos al reposo, y hasta á los padecimientos de la vida de la familia.

VICALBARO. (*Vivamente*). ¿Seria cierto?

DOLORES. ¿Y qué le importa á vd. ahora?

ESCENA X.

MARIA, VICALBARO Y DOLORES.

MARIA. (*Con una carta en la mano*). Señora es una carta muy urgente que traen para el señor de Vicalbaro, y como sabian que estaba aquí....

VICALBARO. Con permiso de vd. (*Dolores hace una señal afirmativa*). (*Vicalbaro abre la carta y lee*). «Mi querido hijo» (*Hablado*). Es de mi madrina.... (*Leyendo*) «el señor de Martínez está furioso contra ti, viendo que no has venido y no quiere volver á oír hablar de tu boda.»

MARIA. ¡Otro matrimonio al igual!

VICALBARO. Y yo tengo demasiado miedo á resfriarme para ir á pescarlo. ¡Que se ahogue!

DOLORES. Y yo tengo la culpa....

VICALBARO. Yo le daría á vd. las gracias señora, si....

DOLORES. ¿Sí?....

VICALBARO. (*Mirando la péndola*). Es muy tarde para hablar de esto. Si vd. me lo permite mañana enviaré á vd. el relojero para que componga este reloj.... y á la marquesa mi madrina para....

DOLORES. ¿Para?

VICALBARO. Mi madrina se ha empeñado absolutamente en

casarme y vd. me ha dicho que adversarios que se estiman, despues de un duelo cortés no pueden menos de darse la mano.

DOLORES. (*Alargándole la mano*). Aquí tiene vd. la mia.

MARIA. Ya me lo sabia yo, que toda comedia habia de acabar en casamiento. ¡Ahora sí que ya no se fastidiará mi señora!

FIN.

EL NACIMIENTO DE MARIA.

Hizonos el cielo en este dia un magnifico presente, un presente de inestimable valor.

SAN BERNARDO.

I.

¿Qué sucede?.... ¿Qué pasa en la region del dolor?.... La aurora, engalanada con deslumbradores atavíos, asoma por los montes y sonrie dulcemente, vertiendo infinitos rubies desde su carroza de nácar.

El cielo se envuelve en finísimo encaje.

El sol estiende placentero sus hebras de oro, circundado de albos y rizos tules.

Las aves hienden alegres los aires y entonan melodiosos himnos.

El mar se mueve de un modo apacible, salpicando la superficie con la nacarada espuma que sus olas producen.

El céfiro besa con ternura las gallardas plantas, y recoge en sus alas de gasa el aroma de los vegetales.

Las flores ostentan sus bellos matices y embalsaman el ambiente de esquisito perfume.

Las adelfas y las dalias juguetean amorosas en su trono de esmeraldas.

El arroyuelo susurra de júbilo, esmaltando su clara senda de arenas de plata, de precioso musgo y de las verdes hojas que sobre él derraman las vistosas lianas y los pintorescos sauces.

Colores mil adornan las amenas praderas.

Todo palpita, todo se estremece de indecible entusiasmo.

Murmuran de gozo las fuentes, las cascadas, las plantas, los insectos, los animales, la benigna brisa.

Una voz misteriosa resuena en el inmenso ámbito del universo.

El panorama de la creacion deleita con nuevos encantos. No hay nada que no sorprenda en tan solemnes momentos.

Cada átomo, cada hoja que el aura arranca de los árboles, despierta emociones suaves.

La naturaleza entera parece que se transforma, que multiplica las maravillas que la engrandecen.

Y el orbe, alcázar fabricado por el Supremo Artista, conmueve sus ejes de zafir.

II.

El suceso mas fausto acaba de realizarse en el mundo.

El Sabio, el Justo, ha dado cumplimiento á una gran promesa.

La humanidad puede estar satisfecha.

La caída del primer culpable, del príncipe del paraíso, va á dar lugar á cosas estupendas.

Ha nacido ya la criatura privilegiada, santa, escogida.

Ha visto la luz del día la deseada de las naciones, la reparadora augusta, la consoladora de los hombres, la mensajera del bien.

Se halla entre los hijos del crimen la que ha brotado, como la azucena, del tronco bendecido por el Ser Eterno.

Y viene para curar las llagas de la humanidad, para enseñarle el camino de la virtud, para romper los grillos que envilecen su dignidad ultrajada.

¡Qué hermosa es!...

Sus ojos, lindos y espresivos, irradian fulgores que fascinan el entendimiento.

Su frente es diáfana, su boca preciosa, su tez suavísima, sus cabellos de oro.

De su cuerpo, esbelto, gracioso, de correctas formas, se eleva majestuosa su perfecta cabeza.

Y su aliento es mas puro que los suspiros de los querubines, que la esencia del jazmín.

Y su voz es mas dulce que las liras de los serafines, y mas delicada que el canto de los ruiseñores, y mas cadenciosa que las armonías de la tierra, y mas grata que el blando murmullo de los torrentes.

Sembrada de rosas está su cuna.

¿Qué comparación tiene la fragancia de los tulipanes con la que despide esta escelsa Niña?...

Ella se mece á impulsos de las auras divinas, del soplo que vivifica las almas castas.

Y su lozania es mayor que la de las bonitas violetas, los airolos claveles, los elegantes lirios.

Y es un admirable conjunto de perfecciones, una obra acabada, una joya de infinito precio.

Contemplan gozosos á la tierna Infanta los ilustres consortes que la engendraron.

Y Dios la mira risueño desde su sòlio de perlas.

Y los emisarios celestes hacen resonar en honor suyo sus arpas de marfil.

Y las inmensas legiones de inmortales espíritus saludan desde lo alto á la que ha de mandar como Soberana.

II.

Motivos tienes, pueblo bendito, Nazaret, para estar orgulloso.

Regocíjate, pues, entre tus mirtos, tus palmeras y tus plátanos, entre tus canoras avecillas y tus plácidos campos, entre tus aguas purísimas y cristalinas, en medio de tus frescos ambientes y deliciosos perfumes.

En tu seno guardas á la Salvadora del humano linaje, á la que ha de ser la augusta Capitana de las huestes católicas, á la que ha de rasgar una por una las páginas funestas del código que el error ha hecho.

Nada mas justo que reverenciar la virtud;.... nada mas natural que seguir aspiraciones sublimes.

Envanécete, sí, ciudad venturosa, con el magnífico presente que tanto te honra.

Es una lumbrera que te ilumina, un faro que te muestra las sendas de la justicia.

Es un portento que te enriquece, un tesoro que te hace

grande, un ser que te hiere con la viva claridad de sus fulgentes destellos.

¿Qué mas puedes desear que tener dentro de tus muros á la que ha de convertirse en morada de Jehová?....

¿Qué otra cosa apetecer que hospedar á la que un día llevará el título de Emperatriz de los mundos?....

IV.

Esa Niña, que ahora se agita blandamente cual tierno capullo acariciado por la brisa, derribará los ídolos de la impiedad, y los baluartes del error, y los imperios levantados por el humano orgullo.

Sí.... por que va á ser muy pronto elevada á la mas alta esfera; porque va á concebir y ser madre del que ha formado el universo, y dado belleza á las flores, y armonías á las aves, y grandezas á la creación, y esmaltado de soles el mirífico pabellón que nos cubre.

Y será enriquecida con todas las gracias, con todos los dones, con todas las magnificencias.

Y recibirá del Hacedor invisible diadema de rubies, y un cetro robusto, y una soberanía superior á las que en el mundo existen.

Y mandará como reina, como señora de gran poder.

Y obedecerán sus decretos los espíritus angélicos, todas las milicias de la eterna Sion; y los corazones creyentes se agruparán bajo sus inmaculadas banderas.

Y á la influencia de su poderío caerán por tierra los gigantes edificios que la maldad erija.

Y la mentira será vencida por la verdad.

Y la enseña de la redención ondeará en todas partes.

Y las herejías sufrirán ignominiosas derrotas.

Y los tiranos se hundirán en el polvo.

Y la civilización de la cruz alumbrará al mundo con sus brillantes resplandores.

Y el pontificado, institución divina, atravesará la corriente de los siglos, orlada su frente con los trofeos de sus enemigos.

No habrá nada que pueda resistir al poderoso empuje de María, de la egregia Virgen de Bethlen.

Porque su fuerza será inquebrantable; porque su autoridad será inmensa; porque su grandeza confundirá á cuantos intenten empañar su inmortal corona.

¿Quién será capaz de luchar con María, con la princesa de los orbes?....

¿Quién se atreverá á combatir sus prerogativas, á negar sus glorias, á ofender sus tómbres?....

¿Quién formará contra ella ejércitos y la hará una implacable guerra, y profanará el nombre augusto de la protegida del Altísimo?....

¡Ah!.... ¡Desgraciados los que escarnezcan á la Virgen sin mancilla!....

V.

Infinitos templos se dedicarán á María.

Monarcas y pueblos se postrarán ante sus altares.

Y los humildes reconocerán su clemencia, y los sabios su majestad, y los potentados sus inefables atributos.

Y los talentos encomiarán sus virtudes, sus excelencias, su poderío, su incomparable hermosura.

Y los vates cantarán sus grandezas, sus acciones, sus hechos, sus señalados triunfos.

Y las doncellas adornarán sus efigies con suntuosas

ofrendas, con ramos de alhelis, con guirnalda de jacintos, con odoríferas yerbas.

Los guerreros invocarán á la Virgen en los campos de batalla.

Y en su pecho llevarán su sagrada imágen; y las victorias mas insignes alcanzarán por la mediación de Maria.

¿Preséntase algun problema que pueda hacer temblar á la humanidad?....

No hay que temer su solución, su desenlace.

Maria hará fracasar los planes de los adversarios de su Hijo.

Con valor defenderá los golpes de la hipocresía; con firmeza destruirá los instrumentos del mal; con arrojo hará pedazos las infernales concepciones del presuntuoso.

Los amantes de Jesus acudirán siempre á la abogada de los que gimen.

Implorará su patrocinio el náufrago en medio del irrito Océano; el rey en sus mayores conflictos; el mendigo, afligido por el hambre; la jóven, combatida por una pasión violenta; el enfermo, aquejado por sus dolencias; el católico en todos los momentos de la vida.

Y Maria oirá las plegarias de los que á ella recurran, de los que á su sálvo se acerquen.

Y enjugará las lágrimas del desvalido, y consolará al infortunado, y derramará el rocío de sus finezas, y disipará con cariño las borrascas del alma.

Porque su caridad será inmensa. Es hija predilecta de Jehová, y asombrará al orbe por sus extraordinarios merecimientos.

Ninguno que con fé la invoque dejará de ser socorrido;.... ninguno que la ame se cansará de tributarla los homenajes debidos.

VI.

¡Salve, Niña augusta, salve!

¡A ti alabanzas, á ti coronas, á ti bendiciones!

¡A ti las ofrendas del corazón, á ti los sacrificios del alma fiel, á ti los nobles impulsos de la humanidad!....

¡Crece, Niña divina, en medio de las flores que rodean tu poética estancia, de los manantiales que te ensalzan, de las auras que acarician tu hechicero rostro, de los tapices de oro que te ofrecen los lujosos valles!

¡Sonríete, riquísimo vástago!....

¡Duerme apacible sueño al seductor arrullo de amorosos acentos, y de los cánticos de los ángeles, y de los festivos pajarillos que gorjean en torno de tu pobre albergue!....

¡Bella y grande eres, criatura santa, embeleso del cielo, pasmo de los justos y admiración del mundo!

¡El Señor te magnifica, el universo te adora!

No temas ¡oh egregia infanta! á los vendavales del mal, que los ministros del Dios Fuerte, cobijándote bajo sus alas de púrpura, custodian respetuosos á la elegida para altos destinos.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

APUNTES BIOGRÁFICOS DEL VIZCONDE DE BONALD.

La humana inteligencia, ese destello divino, que es el mas brillante testimonio de la inmortalidad de nuestro es-

píritu, porque entreve lo infinito y lo eterno; la humana inteligencia, digo, en sus aplicaciones á los objetos sensibles ó morales, procura siempre sintetizar sus ideas, y tiende á la unificación de los principios constitutivos del orden y de la marcha regular en lo político y en lo religioso: los que se desvían de esta senda saludable se despeñan de error en error. Hé aqui por que todas las obras fundamentales é imperecederas, producto de la péñola de ilustres varones, se han apoyado siempre en el gran principio de una autoridad suprema é inapelable, persuadidos de que ella sola puede fijar el punto de partida de todas nuestras especulaciones científicas y literarias, y guiarnos con mas seguridad que el hilo de Ariadna por el intrincado laberinto de los acontecimientos humanos. El vizconde de Bonald, dotado de una inteligencia privilegiada, y cuya biografía vamos á bosquejar, no perdió nunca de vista el gran principio de una autoridad permanente é inapelable, y la buscó en Dios, que, como dijo Aristóteles en su lecho de muerte, es: *«Causa causarum.»*

Luis Gabriel Ambrosio, vizconde de Bonald, eminente filósofo, publicista profundo y hombre de Estado, abrió los ojos á la luz del día, el 2 de octubre de 1754, en Monna, cerca de Milhaud, en el Ronargue, antigua provincia de la Guyana, y ese siglo en que vino al mundo figura con colores ominosos y oscuros en los anales de la historia, por una larga série de tristes y vergonzosos sucesos, verdadero baldon de nuestra estirpe.

Cuando bajó al sepulcro Luis XIV ya fermentaban los principios disolventes de la gran monarquía francesa, y cuando subió al trono Luis XV, último vástago de tantos féretros, que habian abrumado de dolor y cubierto de luto la Francia, el racionalismo, la filosofía anti-católica, la negación de toda autoridad, y hasta la del Dios Eterno, habian arrojado con avilantez la máscara, y amenazaban muy de cerca los altares y los tronos. Los emigrados calvinistas, despues de la revocación del edicto de Nantes, refugiados en Holanda é Inglaterra, estaban en contacto, mas ó menos inmediato, con los filósofos franceses del siglo XVIII, y las obras revolucionarias y anti-católicas de estos últimos, salían de las prensas de Amsterdam ó Londres.

Nada diremos de la regencia del duque de Orleans, nada de su ministro, el cardenal Dubois, porque es nuestro firme propósito no renovar tristes memorias, y volviendo al vizconde de Bonald, diremos únicamente que este ilustre varon, educado en el seno del mas puro catolicismo; que este ilustre varon, que habia alcanzado ya el cuarto lustro de su edad, cuando la fria losa del sepulcro cubria los restos mortales de Luis XV, contemplaba con los ojos empapados en lágrimas el estado lamentable de Francia, su trono próximo á desplomarse, y la hidra de la discordia y de la anarquía, que avanzaba á pasos agigantados, levantando sus horrendas cabezas y vomitando venenosa baba de sus bocas asquerosas. En esa época el gran papa Benedicto XIV decia, con el aticismo que le era propio, y encogiéndose de hombros, á los que le hablaban de Francia y de sus trastornos: «Ese reino es el mejor gobernado del mundo, porque no lo gobierna nadie, sino la mano de Dios.»

El vizconde de Bonald se dedicó en el abril de sus años á la carrera de las armas, y cuando emigró en 1791 se unió al ejército del príncipe de Condé, siempre firme y constante en la idea de que un buen ciudadano debe desenvainar su espada para defender la religion de sus padres y el principio de autoridad. Pero al cabo de pocos meses abandonó las filas de Condé, por motivos que no

pueden tener cabida en este lugar, y se fué á vivir con su familia á Heidelberg, que pertenece al gran ducado de Baden. En su retiro compuso su obra, titulada: *Teoría del poder político y religioso*. Apenas llegada á Francia, el Directorio mandó recogerla, y sus órdenes fueron ejecutadas con tanto rigor y tanta escrupulosidad, que fué muy corto el número de ejemplares que pudieron clandestinamente circular. El autor en esta obra, vaticina hasta cierto punto, aunque en términos no muy precisos, el retorno de los Borbones, y manifiesta al propio tiempo su repugnancia contra todos los gobiernos que tienden á separarse, en mayor ó menor escala, de la monarquía pura. En fin, sus ideas y teorías en el orden político no se diferencian mucho de las de Tomás Hobbes, al paso que en el orden religioso son eminentemente católicas, y muy distintas de las de Hobbes, destructoras de toda religion. En 1802 publicó *La legislación primitiva*, obra colosal y profunda; pero escrita en un estilo tan árido, y tan atestada de ideas y teorías exageradas que cansa á los lectores.

Dulcis amor patriæ, dulce videre suos.—El amor á la patria nace con el hombre; la faja de tierra que nos ha servido de cuna, nos ha estampado su imagen en lo mas profundo del alma. El misero lapon, trasladado á París ó Londres, suspirará siempre por su amada patria, y preferirá los hielos del Polo á las regaladas estufas y chimeneas de esas dos grandes y magníficas ciudades de la civilizada Europa. Acordémonos de estas palabras afectuosas, que el célebre vate Metastasio pone en boca de Temistocles, cuando interrogado por Jerges, porque ama aun entrañablemente á su patria que lo persigue, le dice «Señor, el amor á la patria es un instinto de la naturaleza; las mismas fieras aman sus cavernas nativas. Señor, todos los recuerdos patrios son queridos: las cenizas de los abuelos, las leyes sagradas, los númenes tutelares, el habla, las costumbres, el sudor que me costó, el lustre que en ella adquirí, el aire, los troncos, el terreno, las murallas y hasta las piedras.» Podía, pues, el vizconde de Bonald, dotado de un corazón sensible, vivir contento en tierra extranjera y olvidar á la Francia? ¡Ah, no! Era legitimista, amaba á los Borbones, creía que el nuevo imperio, lejos de dar mas brillo y grandeza al trono de San Luis, acababa de sustituir las banderas ensangrentadas de un ambicioso conquistador á los lirios pacíficos de la antigua monarquía; pero era francés, y llevado en alas de su amor á la patria, volvió á París en el año de 1804, época memorable en la historia contemporánea, por haberse coronado en aquel año Napoleón I.

El vizconde de Bonald, que habia perdido durante la emigración todos sus bienes, pudo recuperar á duras penas algunos restos de su antigua fortuna, y á fin de que no careciera de recursos su numerosa familia, se vió obligado en 1806 á tomar parte con Chateaubriand y Févée en la redacción del *Mercurio*.

Muchas son las vicisitudes de la vida, y nadie puede decir: *De esta agua no beberé*: Bonald quedó siempre firme en sus principios y nunca dejó de ser legitimista; pero acosado de mil necesidades, se indujo á aceptar en 1808, á insinuación de su amigo Fontanes, el cargo de consejero titular de la Universidad imperial, con la pensión de 12,000 francos anuales. En esta circunstancia Bonald se vió convertido en blanco de la mofa y del escarnio por muchos de sus mejores partidarios, no solo porque el mero hecho de haber aceptado aquel cargo le declaraba, á entender de los legitimistas, refractario á sus ideas y doctrinas, sino tam-

bien porque habia lanzado repetidas veces las armas emponzoñadas de una sátira mordaz contra la nueva Universidad. Con efecto hoy Bonald figura en el *Dictionnaire de Girouettes* etc., impreso en París en 1815, entre la multitud de los hombres, que sirvieron á Napoleón I después de haberse manifestado sus encarnizados enemigos y adictos á la antigua dinastía. Nosotros, á pesar de que no pretendemos disculpar la conducta de Bonald, ni emitir un fallo terminante acerca de este asunto, no vacilamos en afirmar, que ha sido juzgado con ligereza y poco tino. La Universidad era una institución nacional y no pertenecía á la persona ni á la corte de Napoleón I. Bonald, pues, aceptó un cargo puramente literario en beneficio de la Francia y no del nuevo emperador. Los tiros de su amarga sátira contra aquella Universidad, podemos interpretarlos como un efecto muy natural de la humana indiscreción, que nos inclina siempre á censurar las instituciones nuevas antes de conocer su utilidad é importancia. Por lo demás, el haberse negado el vizconde de Bonald á ser ayo y preceptor del hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda ¿no es el mas claro testimonio de que este ilustre varón, muy fiel á la dinastía borbónica, no quiso nunca servir á los Napoleones?

Cuando Luis XVIII, se sentó en 1814 bajo el régio dosel de sus predecesores, Bonald fué nombrado miembro del Consejo de instrucción pública; y aquel monarca, dando benigno oído á sus súplicas y deseos, le condecoró con la cruz de San Luis. En 1815 fué elegido diputado por el departamento de Avayron, y tomó asiento en la Cámara, llamada *introuable*. Votó siempre con la mayoría; pero sostuvo cada vez mas con ahínco todas las exigencias de la gerarquía eclesiástica, diciendo que los bienes no enajenados del antiguo clero francés eran propiedad legítima de los ministros del culto católico, que ejercían á la sazón sus augustas funciones. Elegido nuevamente diputado en 1816, reclamó la abolición del divorcio, juzgándole perjudicial y muy contrario á la santidad del matrimonio, elevado por nuestro Redentor divino á la sublime categoría de sacramento. Tanto en sus discursos parlamentarios, como en su excelente obra sobre el divorcio en el siglo XIX, Bonald merece ser comparado á un águila, que, cerniendo en los aires, fija sus miradas audaces en el gran planeta que alumbra el firmamento y desprecia á los viles gusanos que se arrastran en el lodo. Podrán tal vez los lectores calificar de extraña ó de metáfora atrevida nuestra comparación, y sin embargo, es la que mas conviene en esta circunstancia á Bonald, porque nuestro eminente publicista considera la perpetuidad del matrimonio como la consecuencia necesaria de la base de la sociedad, fundada en un sacramento bajado del cielo, y al divorcio como un funesto y vergonzoso corolario del desenfreno de fangosas pasiones, que en vez de respetar la inocencia y santidad del tálamo nupcial, fomentan en el hombre corrompido el deseo de amores adúlteros. En la obra ya mencionada, Bonald demuestra hasta la evidencia que el divorcio aniquila el pudor del bello sexo, que ofende su nobleza, que introduce el escándalo en el seno de los hogares domésticos, que priva á los hijos de la madre amorosa, que les ha alimentado con su propia sangre, que convierte á la mujer en vil instrumento de voluptuosidad, y que tiende á minar paulatinamente las bases del cuerpo político, porque las leyes se eluden, cuando, generalizada la corrupción, sofoca todos los gérmenes de las virtudes públicas y privadas: *leges sine moribus vanæ proficiunt*.

Cornelio Agrippa en su precioso opúsculo *sobre el Sa-*

cramento del Matrimonio, se espresa en esta forma: «El matrimonio es tan antiguo como el mundo, y Dios, despues de haber creado á los dos primeros individuos de nuestra especie, instituyó y santificó la union conyugal: este fué el primer sacramento.»

El abate Gaume, en su obra muy recomendable, titulada: *Historia de la sociedad doméstica en todos los pueblos antiguos y modernos*, nos refiere en los términos siguientes la breve alocucion que el pontifice en las catacumbas dirigia á los nuevos esposos: «No sé en donde encontrar palabras muy espresivas para manifestaros todas las escelencias y la dicha de los matrimonios cristianos. La Iglesia forma esos enlaces; la ofrenda del augusto sacrificio los confirma; la bendicion del sacerdote les graba su sello; los ángeles son los testigos; el Padre celeste lo rectifica todo. ¡Cuán augusta es la alianza de los esposos cristianos! Alimentan unidos unas mismas esperanzas; elevan al trono del Altísimo unos mismos votos; es única la regla de su conducta; es mútua su independencian; son un solo cuerpo, y sus almas se unifican; rezan juntos; practican juntos los santos ejercicios, y su vida es un modelo de virtudes reciprocas. Entran juntos en el templo del Señor, y se acercan unidos al altar para recibir el pan de la eterna salvacion. Todo es comun entre los dos: los cuidados, las persecuciones, las alegrías, los dolores y los placeres. No median secretos entre ellos; no hay disimulo; cumplen espontáneamente todos sus deberes; juntos vigilan á los enfermos; juntos educan á sus hijos para perpetuar la memoria de sus propias virtudes.» Poned ahora al lado de esos matrimonios cristianos, poned al lado de esos matrimonios celebrados al pié del altar, el divorcio; trasformad el gran sacramento en contrato puramente civil, y vereis desaparecer desde luego todas las virtudes conyugales. Vereis á los hijos arrastrados al vicio, por el ejemplo impúdico y escandaloso de sus padres; vereis á una multitud de hombres perversos, que alegan pretextos ridiculos é insustanciales para separarse de una esposa fiel, cuyas caricias rechazan con desden por hastio, ó porque ven marchitadas en ella las gracias que son propias de la primera juventud; vereis á mujeres astutas ó infames cortesanas, que movidas por un sórdido interés, ó por repugnantes y lúbricos deseos, sembrán el gérmen de la discordia en el santuario de las familias para satisfacer sus criminales caprichos, y usurpar á una esposa fiel y modelo de todas las virtudes sus derechos legitimamente adquiridos; vereis por último brotar ódios y rencores entre los hermanos, que pertenecen á distintas madres.

Las ideas doctas y profundas emitidas por Bonald acerca de la grandeza y santidad del matrimonio, acerca del bienestar de las familias en sus relaciones con el cuerpo político, acerca de las consecuencias fatales y destructoras del divorcio, nos obligan á prodigar cada vez mas elogios muy merecidos á nuestro insigne publicista.

Cuando fué presentado á las Cámaras el presupuesto, Bonald exigió la supresion de algunos empleos inútiles, á su entender, para la marcha regular de los negocios del Estado; y arengó al propio tiempo contra la enagenacion de bosques y florestas. En 1817 opuso la mas viva resistencia á la medida constitucional, que mandaba licenciar á las tropas suizas, muy odiadas por los franceses; y habiéndose discutido entonces acerca de la gravedad de la pena de muerte, persuadido de que su abolicion fomentaria la audacia de los culpables y la perpetracion de los crímenes, sostuvo su necesidad; y á los que abogaban en abono de la

opinion contraria, diciendo que el Salvador del mundo, antes de espirar, habia perdonado á sus verdugos y á todo el pueblo deicida, contestó en esta forma. «Dios perdona al pecador, mas le castiga; y los descendientes del pueblo réprobo llevan consigo la maldicion de sus antiguos padres, recorriendo la tierra sin patria ni rey.»

Bonald y De Maistre, grandes partidarios de la pena capital, idolatran en sus obras, con muy corta diferencia, al verdugo, y el último en las *Veladas de San Petersburgo*, se excede hasta el estremo de hacer un pomposo elogio del ejecutor de los condenados al cadalso. Nosotros, en atencion á la índole de este periódico, no queremos ni podemos entrar en serias y detenidas discusiones acerca del particular. Nos contentamos, pues, con decir que las palabras de Bonald contra sus opositores, no son mas que un miserable sofisma; y que De Maistre cuando elogia al verdugo, nos quita todas las ilusiones muy agradables que suele producirnos la lectura de sus obras, escritas con gracia, elegancia y mucha erudicion. Por lo demás en nuestro discurso sobre la pena de muerte, inserto en la Enciclopedia de Mellado, hemos tratado este punto con alguna detencion y sin separarnos de las buenas doctrinas de los mejores publicistas.

Bonald pidió á las Cámaras un jurado especial para reprimir los abusos de la prensa, y la censura previa para los periódicos, á pesar de que habia dicho en 1816 que era incompatible con la forma de los gobiernos representativos. En 1820 fué elegido diputado por tercera vez; en 1822 desempeñó el honroso cargo de Ministro de Estado; en 1823 fué nuevamente diputado, y á fines del mismo año obtuvo el nombramiento de par de Francia. Se manifestó siempre opuesto á la libertad de la prensa; fué miembro y presidente de la comision de censura, y últimamente académico.

Cuando Carlos X abdicó la corona á consecuencia de las tres funestas y muy memorables ordenanzas, el vizconde de Bonald, á quien tal vez no causarían disgusto, perdió su título de par y se retiró á Monna, en donde vivió separado de la política y de los negocios públicos hasta los ochenta años de su edad.

Todas las obras de Bonald son políticas, y este docto escritor cuando emite ideas filosóficas, las considera siempre bajo el punto de vista mas ó menos inmediato, con el bienestar del gran cuerpo humanitario. Con efecto en su obra de la *Legislacion primitiva* se encuentran estrechamente enlazadas la filosofia con la política, cuando habla del lenguaje y de la escritura.

Bonald sostiene con ahinco y lógica admirable, separándose de la opinion de muchos filósofos del siglo pasado, que el lenguaje de nuestros primeros padres fué una inspiracion divina, y no creado por el hombre; y á decir verdad, cuando leemos en Condillac, que en las edades mas remotas del mundo, unos dijeron *ba*, otros *re*, otros *sa*, y que de esta manera se formaron los idiomas; cuando leemos en Virey, que las interjecciones, que espresan el dolor ó la alegría, se trasformaron, andando el tiempo, en sonidos articulados; cuando leemos en el insensato La Mettrie, que puede aparecer en el globo que habitamos algun animal desconocido, y que puesto bajo la férula de un hábil preceptor pudiera aprender á hablar y raciocinar como el hombre; cuando leemos desatinos semejantes y tan lastimosos, ¿no nos vemos en el duro trance de confesar que tambien en la república de las letras *Stultorum infinitus est numerus*?

En cuanto á la escritura, nuestro insigne publicista cree que fué tambien una inspiracion divina, y se esfuerza en probarlo, apoyándose en argumentos, á nuestro entender, mas bien imaginarios, que bien cimentados; y nosotros no vacilamos en afirmar lo contrario, porque remontándonos á los tiempos primitivos, vemos que el arte de escribir se va desarrollando paulatinamente, al paso que el lenguaje se nos presenta en todas las épocas ya formado y tal como puede necesitarle un pueblo mas ó menos civilizado.

Sean cuales fueren las opiniones y doctrinas de Bonald, lo cierto es que en todas sus obras se nota un gran espíritu organizador, un gran fondo de buena fé, y convicciones muy íntimas acerca de las doctrinas que emite y de las opiniones que sostiene. Algunas de sus ideas nos recuerdan las doctrinas evangélicas y los buenos preceptos, consignados por nuestro Quevedo en su áureo libro de la *Política de Dios y el Gobierno de Cristo*; otras parecen una imitación de la *Política sagrada* de Bossuet; y otras tienen un tinte de originalidad admirable bajo todos conceptos en el orden lógico y social. En todas sus obras se nota además el firme propósito de hermanar la política con el catolicismo: idea grande y muy filosófica, porque el catolicismo únicamente tiene la mucha fuerza y el poder de inocular en los corazones aquel espíritu de fraternidad, que aniquila el humano orgullo y transforma á los hombres en héroes.

Sir Joinville, en su preciosa *Crónica de San Luis de Francia*, nos refiere que habiendo visto ese gran monarca en las afueras de Paris á un pobre tendido en el suelo y casi moribundo, le cogió con afecto en sus brazos y cargó con él; los cortesanos querían quitarle aquel peso tan molesto; pero Luis les dijo: «Dejádme, quiero entrar en Paris como cristiano.»

Pero vamos ahora á poner término á estos breves apuntes, notando imparcialmente los defectos de Bonald como escritor. Su estilo es seco, no tiene ni gracias ni brillo; algunas de sus teorías, aunque profundas y sensatas, carecen de claridad y precision; otras revelan un odio sistemático á toda especie de reformas é innovaciones; repite con frecuencia las mismas frases y los mismos pensamientos. Pero no queremos dejar de advertir en esta circunstancia, que Bonald conocia demasiado, que su locucion era árida y algo oscura; que sus repeticiones eran frecuentes; que muchas de sus frases carecian de gracia; que su estilo era casi siempre desaliñado.

Con efecto, cuando leía las obras de De Maistre, admiraba la naturalidad y fluidez de su locucion, la elegancia de sus frases, la viveza y brillo de sus metáforas, su erudicion selecta y peregrina; y luego exclamaba: «Este escritor, este conde De Maistre, seduce, hechiza, encanta. Su elocuencia tiene algo de sobrenatural. Este autor no se contenta con persuadir, y abatir á sus adversarios, pretende arrastrarles forzosamente en pos de sí, como esclavos encadenados; pero con cadenas de oro.»

Bonald juzga casi siempre con aplomo todos los hechos de la revolucion francesa; pero los juzga con ira y con encono; los juzga al través del prisma de su cólera. En todas sus obras, en fin, se descubren las huellas de tristeza y dolor, que estamparon en lo mas profundo de su alma los largos padecimientos de una emigracion forzosa. Sus defectos, sin embargo, no son mas que lunares, comparados con sus vastos y profundos conocimientos; y nosotros convenimos con todos los mejores biógrafos en que la pureza de las costumbres de Bonald, su vida ejemplar, sus ideas moderadas, su profundo respeto á la religion santísima de

sus padres, la multitud de sus obras altamente científicas, convenimos en que han perpetuado su memoria; y sus mismos enemigos políticos, muy contrarios á sus teorías, ideas y doctrinas, pronuncian tambien hoy con respeto, veneracion y hasta con religiosidad, su nombre.

El vizconde de Bonald bajó á la tumba en 1840.

SALVADOR COSTANZO.

LA PALETA DE LOS PINTORES.

El célebre Bertall ha tratado de representar sobre su paleta de pintor á los mas célebres pintores y dibujantes de la Francia contemporánea.

Coge su varita, y como el fantasmagórico que enseña al público su linterna mágica:

—Vean vds., señores, dice, aquí representado á *Mr. Ingres*, de pié en la cátedra de la verdad, predicando que la línea es el todo en la pintura y el dibujo, y que todo lo demás no vale nada.

Sus fieles discípulos *Amaury Duval*, *Tombal*, *Pichon* escuchan con respeto sus preciosas palabras.

Vean vds. como *Cabanel* es el único que comienza á erguirse y levantarse en una altiva actitud mostrando su vigorosa personalidad! *Geronimo* estudia con el lente sus preciosos detalles. Miren vds. á *Bauduy* y al gracioso *Toulmouche* con alas de mariposa, que hace el encanto de los niños y la tranquilidad de sus padres, como completan este interesante grupo!...

Reparen vds. mas abajo los encantadores pintores que se llaman pintores al agua de rosa, *Chaplin* y *Dubufe*, ajando y restregando entre sus dedos, los ricos terciopelos y las elegantes sederías. Cerca de ellos están *Landell* y *Vidal*, los adoradores de la belleza!

Miren vds., señores, con atención encima del púlpito de *Ingres*, á *Mr. G. Coubet*, con una escoba en la mano predicando la cruzada del naturalismo. ¡Qué robustas visiones de San Antonio, entonan en su loor una cantata, en que el gato de *Mr. Manet*, hace de tenor. Reparen vds. en el mismo *Mr. Manet* que se espresa del modo mas extraordinario y estrambótico con grande aplauso y contentamiento de la sociedad de los aguafortistas!...

En la parte baja de la paleta vean vds. á los duros de pellar, entre ellos al general *Pils*, que da una carga con el ardor de un veterano y al terrible *Ibon*, que le sigue arma al brazo; despues vienen *Armando*, *Dumarast*, *Beaucé*, *Beillage* hijo, y *Protasio* el pintor de zuavos.

Debajo del Reverendo Padre *Ingres* vean vds. el grupo de miopes y á su cabeza al gran *Messoiner*, detrás, á su teniente general *Fichel*, con grandes botas de escudero, despues á *Messoiner* y *Mazarroz*, un excelente pintor español, y á todos los aficionados á los cuadros y pinturas microscópicas.

A la izquierda reconozcan vds. á *Corot*, que calienta su vejez á los rayos del sol poniente, y despues al vigoroso *Francisco Dabigni*, el pintor de las aguas y de los bosques, que ha molido y mezclado en su paleta un rayo del astro luminoso del dia. Allí le acompaña un grupo de excelentes paisajistas!

No lejos de allí, contemplen vds. á *Rosa Bonheur* y sus bueyes, á *Jadin*, *Melin* y *Balleroy* con sus perros.

Abajo y fuera de la paleta, el público está mirando y juzga. Por último, en lo alto corre sin orden ni concierto la tropa ligera de los dibujantes, los hermanos Janet de infatigable lápiz. Dorado jugando con todo el vigor de su talento con la Biblia, el Dante y don Quijote.



La paleta de Bertall.

También está allí el elegante *Foulquier*, el gran *Gavarni* y *Cham*, columnas vivas de la caricatura, y el brillante *Marcelino*.

En esa paleta de *Bertall* están, como en un álbum foto-

gráfico, los grandes pintores franceses de la época, que sucesivamente han ido pasando por su paleta, como por un objetivo de un fotógrafo.